EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

LAZOS DEL CORAZON

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. R. LEOPOLDO PALOMINO DE GUZMAN

Representada por primera vez con gran aplauso en el teatro de Eslava en Febrero de 1876.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES
PEZ, 40, 2.°—POZAS, 2, 2.°
1879

LAZOS DEL CORAZON.

LAZOS DEL CORAZON.

LAZOS DEL CORAZON

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. R. LEOPOLDO PALOMINO DE GUZMAN

Representada por primera vez con gran aplauso en el teatro de Eslava en Febrero de 1876.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

N.º de la procedencia
3

La Minerva.
ESTABLECIMIENTO LITOGRÁFICO
de B. Ferrer, á cargo de E. Alegre, Luna. 42.
1876

PERSONAJES.	ACTORES.
AURORA.....	Sra. D.ª Matilde Ros-Gimenez.
TERESA.....	» » Luisa Mavillac.
DON DIEGO.....	D. Francisco Lopez Valois.
DON PEDRO.....	» Francisco Peluzo.
DON JUAN.....	» Pedro R. Arana.
MARCELO.....	» José Mesejo.
ANSELMO.....	» Eduardo Chacel.

Labradores de ambos sexos.

La escena á mediados del siglo anterior en una provincia de Andalucia.

Esta obra es propiedad de los Sres. HIJOS de A. GULLON y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales se haya celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados representantes de la Galeria Lírico-Dramática, titulada *El Teatro*, perteneciente á los dichos Sres. HIJOS de A. GULLON, son los esclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion, y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Representa un salon de la hacienda del Juncal. Muebles antíguos, sacos con simientes: sobre una mesa teleras de pan tarjas y cuernos de apero. Puerta al fondo, que dá á un jardin: una ventana á la derecha del actor en la que se vé una jáula con una tórtola y puertas laterales. Sobre una silla una guitarra.

ESCENA PRIMERA.

Marcelo, Anselmo y Labradores de ambos sexos.

ANSELMO. Venga otro viva mayor.
¡Viva el ama!
TODOS. ¡Viva, viva!
ANSEL. Nuestra bendicion reciba
y tambien su aperador.
MARCELO. De tono creciendo van.
Basta amigos, basta, basta;
ella tiene buena pasta,
más no es sorda, voto á san...
ANSEL. Déjanos cantar á Aurora,
que es el ángel del Junca.:
qué bendiga su natal
todo el valle, que la adora.
¡Viva!
TODOS. ¡Viva!
MARC. Mas salid,
pero al momento, al momento;
que pasos del amo siento,

725021

ESCENA II.

Los mismos y don Diego puerta derecha.

D. DIEGO. Bien, muchachos; bien: venid.
Hoy de mi Aurora es el dia,
haya huelga por mi Aurora,
y pues que el valle la adora
que reine en él la alegria.
Oid. Corriendo leal
tras la salud y el reposo
de mi Blanca, buen esposo
vine al valle del Juncal.
Una choza hallé ruin
y eran juncos, pobre ofrenda;
de la choza hice una hacienda,
del erïal un jardin.
El puro sol de esta tierra
no mitigó los dolores
de mi Blanca; mis amores
este valle los encierra
desde que Aurora nació;
que al nacer, como la rosa,
de su madre cariñosa
el seno amante rompió.
El alba en aquella hora
anunciaba un nuevo dia,
y aunque mi Blanca moría
á su hija la llamé Aurora.

MARC. Le cuadra; que el arrebol
que miro en su frente bella,
manifiesta que al par de ella
sus rayos lanzaba el sol.

DIEGO. Bajad amigos, bajad
alegres á la pradera,
y la más gorda ternera,
la que os agrade, matad.

ANSEL. ¡Viva el amo!

TODOS. ¡Viva!

DIEGO. Bien.
Y tú, Marcelo, un pellejo
dáles del vino mas viejo,

y dáles fruta tambien.

(Váñse todos menos don Diego.)

ESCENA III.

Don Diego solo.

DIEGO. ¡Qué alegres van, y qué aliento
dá á mi vejez su alegria;
cada año, cada dia
más jóven me siento aquí!
Léjos de envidias y engaños
aquí no sufro desdichas,
y en medio de tantas dichas
no pasan años por mí.
De mi hacienda en los sembrados,
en la dicha del que llora
y en la educacion de Aurora,
todos mis cuidados van.
Y el aumento de mi hacienda,
de mi gente la ventura
y de Aurora la ternura,
es rica ofrenda á mi afan.
¡Hermosos, feraces campos
y fábrica hermosa mia,
labrada aquí, donde había
una choza y un Juncal.
Contemplándote risueña
tu hacedor, en tí se goza;
una hacienda vé en la choza
y es jardin el erïal.

ESCENA IV.

Don Diego y Marcelo por el fondo.

DIEGO. ¡Marcelo!
MARC. ¡Señor!
DIEGO. ¿Les diste
el vino?
MARC. ¡Vaya! un pellejo.
Y el más grande de entre todos,
que fué el que tomaron ellos.
DIEGO. No te pese, amigo mio,
de nuestra gente el contento.

MARC. Pero señor, no tan calvo
que os hayan de ver los sesos.
DIEGO. Más moscas con miel se cojen
que con vinagre, Marcelo.
MARC. Haceos de miel con las moscas
y os chuparán hasta el hueso.
DIEGO. Vamos, calla; es buena gente,
qne sólo á tu eleccion debo,
y pues que firme trabaja
que no sea débil el premio.
MARC. Bien, señor; si yo no chisto:
vos sois el amo, yo el siervo,
y donde el patron dirige
no ha de hablar el marinero.
DIEGO. ¡Celosillo! toma á cuenta
de tu económico génio,
que tantos míles rebaja
á la partida de egresos,
estas monedas de oro,
para que galan, bien puesto,
puedas feriar á Teresa
con algun regalo bueno.
MARC. Muchas gracias, amo mio;
con verdad que lo agradezco,
que mi gusto es que Teresa
entre las mozas del pueblo
se presente con más lujo
que la de mejor concepto.
DIEGO. Y es muy justo. Vamos, anda
y dispon que el tio Anselmo,
la tartana, en el instante
enganche al caballo negro,
pues con Aurora esta tarde
una visita hacer quiero
al señor de la vecina
hacienda, que á lo que entiendo
hace tres dias que vino,
de qué lugar no recuerdo,
á pasar algunos meses
en este valle.
MARC. ¿Don Pedro?
Sí, señor, yo le conozco;

hoy mismo le ví, por cierto,
atravesar el sotillo
en un coche de paseo.
Como ese señor... pues... vaya,
es en este valle nuevo,
pues esta es la vez primera
que por el valle lo vemos,
no conoce las costumbres...
y que es un señor ya viejo.

DIEGO. (Buena noticia. Mi Aurora
no habrá del vecino riesgo.)
Vaya; corro á prepararme,
y al instante voy, Marcelo.
(Del cariño de mi Aurora
soy tan avaro, que celos
hasta de las flores que ella
amorosa cuida, siento.)

(Váse don Diego puerta derecha)

ESCENA V.

Marcelo solo.

¿En dónde estará Teresa
que la busco y no la encuentro?
Ella siempre anda allá dentro
mientras yo por la dehesa.
¡Qué rica saya de paño
con rosas de lentejuela
la compraré! no hay mozuela
como mi Teresa, ogaño.
¡Tiene un talle!... vaya un talle
con el corpiño de grana;
y la pierna más liviana
que jamás pisó este valle.
¡Unos ojos... ¡qué!... más grandes!...
¡mucho más!... son dos luceros.
Y unos piés más embusteros...
¡Ay! lengua no te desmandes.
Pero aquí la guitarrilla,
de mi afan reclamo, veo.
Le espresaré mi deseo
á Teresa, en seguidilla.

(Acompañándose con la guitarra á la orquesta.)

¡Ay! Teresa, Teresa,
por tí me muero;
ven á darme la gloria
con tu salero.
Ven, Teresilla,
que con tu ausencia, crece
mi fatiguilla.

—

Por tus ojos, Teresa,
me vuelvo loco,
y me voy consumiendo
poquito á poco.
Ven, Teresilla,
que con tu ausencia crece
mi fatiguilla.

ESCENA VI.

Marcelo y Teresa por el fondo.

HABLADO.

TERESA. Aquí estoy, señor Marcelo.
MARC. Tu señor, que así lo dijo
el cura, cuando en la misa
cantada de los domingos,
echándonos aquel lazo
sobre tu cuello y el mio,
á mí me sacó de penas...
TERESA. Y á mí me dió tu martirio.
MARC. ¡Teresa! vé lo que hablas,
que yo no te martirizo.
TERESA. Esposa te doy, no esclava,
fué lo que el cura te dijo.
MARC. Sujeta vivirás siempre
al gusto de tu marido,
fueron tambien sus palabras;
no las pongas en olvido.
TERESA. Bien está, señor Marcelo;
mas mis cuidados son mios,
y yo, que á mi señorita
en lugar primero sirvo,
antes que á vos, á ella atiendo;

despues...

MARC. Despues...

TERESA. Despues... digo...
hago lo que tú me mandas
y es regular... pues... ¿me esplico?

MARC. ¡Ay! Teresa, por tu vida,
cierra pronto esos ojillos
que me achicharran el pecho...
mira que lo tengo frito.
Escucha, Teresa mia;
puesto que soy tu marido
y con lo que pecan otros
nosotros á Dios servimos,
no niegues á mi deseo
la ocasion que solicito.

TERESA. Vamos, déjame...

MARC. ¡Teresa!

TERESA. Que vá á salir ahora mismo
la señorita, y ya sabes
que al salir, lo primerito
que busca es su tortolilla
para ver si yo la cuido.
Mírala; qué, si parece
que entiende lo que te he dicho.
¡Pobrecita! ¡pobrecita! (Acariciándola.)
¡Ay! cómo te dá el piquito;

MARC. ¿A ver á mí, á ver?
(Intenta besarla al mismo tiempo que Teresa.)

TERESA. ¡Marcelo!
mira que no soy de risco.

MARC. Ni yo tampoco, Teresa,
y estoy mas blando que...

TERESA. ¡Chito!

ESCENA VII.

Los mismos y Aurora puerta izquierda.

AURORA. ¡Teresa!

TERESA. Voy, señorita.

AURORA. Vé si padre está vestido
y dile que aquí lo espero.

TERESA. Voy al punto. (Váse Teresa.)

MARC. (¡Jesucristo!
y yo que olvidé las órdenes
del amo; voy en un brinco.
Por los ojos de Teresa,
voy á perder el juïcio.)

ESCENA VIII.

Aurora sola, dirigiéndose á la ventana donde está la tórtola.

Avecilla, en dolores
siempre parlera;
de mis tiernos amores
fiel compañera:
¿por qué no cantas
y al compás de mis quejas
tu voz levantas?
¿Eres tan codiciosa
de pena y llanto,
que callas, envidiosa,
si triste canto?
¡Tórtola amada,
responde á este lamento
de enamorada!
Ven al dintel conmigo
de esos balcones;
canta, y el eco sigo
de tus canciones.
Llama á tu amante,
á ver si te responde
con voz constante.
Mas ¡ay! que tu quejido
triste reclamo,
no llegará al oido
del bien que amo.
Y es tal mi suerte,
que si mi amor no viene
vendrá la muerte.

ESCENA IX.

Aurora y don Diego por la derecha.

DIEGO. ¡Aurora del alma mia!

¿Mucho tiempo me esperaste?
¿Por qué, dí, no me llamaste
y á tu acento volaría?

AURORA. No, padre mio; un momento
tan sólo estuve esperando,
y me distraje, escuchando
de esa tórtola el lamento.

DIEGO. ¿Y has llorado? ¡Pobrecilla!
Tu faz me lo dice, Aurora.
(Es tan sensible, que llora
las penas de una avecilla.)
Vaya, alégrate, hija mia,
y vamos à pasear;
tenemos que visitar
al señor de la alquería,
como vecinos corteses.

AURORA. Lo que gusteis.

DIEGO. Ven, Aurora.
Cada dia, cada hora,
más hermosa me pareces. (Vánse fondo.)

ESCENA X.

Teresa y Marcelo.

MARC. Ya se fueron, Teresilla;
dáme un abrazo al momento:
el cura te lo permite,
que soy tu esposo.

TERESA. ¡Marcelo!
si quieres que no me vaya
mira que no me hagas eso.

MARC. ¡Pero Teresa!

TERESA. Nó, digo...

MARC. ¡Teresilla!

TERESA. Estáte quieto;
que despues la señorita
me regaña y... no, no quiero.

MARC. ¡Te regaña, te regaña!
¿y por qué?

TERESA. Por tus estremos.
¿Piensas tú que no conoce
cuándo nosotros nos vemos?

MARC. ¿Y en qué lo conoce? dime.
TERESA. No me lo ha dicho, Marcelo.
Pero, dime: ¿y qué regalo
me ofrecistes allá dentro?
MARC. Un regalo, mi Teresa,
que de tan lindo lucero
como quiso Dios hacerte
te va á cambiar en sol bello.
El amo me dió, hace poco,
varios escudos, que intento
gastarlos en una saya
del paño más rico y bueno,
para que causes envidia
á las mozuelas del pueblo,
cuando vayas los domingos
al lado de tu Marcelo.
TERESA. ¡Qué me place tu regalo!
MARC. ¿Y qué me darás en premio?
TERESA. Te darè... lo que tu quieras.
MARC. Pues dáme un abrazo.
TERESA. ¡Ciento! (Se abrazan.)

ESCENA XI.

Los mismos y don Juan por el fondo.

D. JUAN. ¡Ah! já! já! (Al verlos abrazados.)
TERESA. ¡Ay!
JUAN. ¡Adelante!
MARC. ¿Qué se ofrece, caballero?
TERESA. ¡Qué verguenza! yo me escapo. (Váse.)
JUAN. ¿Está en la hacienda D. Diego?
MARC. No, señor. ¡Teresa, escucha! (Llamándola.)
¡Que si quieres! vá de vuelo.
(Despues que el panal sabroso
entre las manos lo tengo,
sin la miel que codiciaba
para los lábios, me quedo.)
JUAN. ¿Y volverá pronto, amigo?
MARC. ¿Quién, la Teresa?
JUAN. ¡Mastuerzo!
¿No entiendes lo que te digo?
MARC. Lo que yo muy claro entiendo

que á la tórtola... espantado
habeis al llegar

JUAN. ¡Ah! ¡cielos!
¡pobre avecilla! (Se dirige á la jaula.)

MARC. ¿Qué dice?
JUAN. (Me ha conocido, de cierto.)
MARC. ¿Si estará loco?
JUAN. (¡Qué linda!
MARC. De fijo; ¡pobre mancebo!
JUAN. ¡Y ha sanado! (Acariciando la tórtola.)
MARC. ¡Anda, anda;
la acaricia de lo bueno!
Pues yo tras Teresa corro
llevando de águila el vuelo;
y si la cojo al descuido,
pardiez, que no he de hacer menos. (Váse.)

ESCENA XII.

Don Juan solo.

¿Sensible compañera
de mi adorada;
avecilla parlera
y enamorada:
tu voz levanta,
y dime si tu dueña
sus penas canta?
¿Dime si dolorida
mi ausencia llora;
si permanece herida
de amor, mi Aurora?
¡Tórtola bella,
abre tu dulce pico
y háblame de ella!
Con brazos voladores
vente conmigo,
que en pos de mis amores
tus alas sigo.
Tiende tu vuelo,
y pósate en el hombro
del bien que anhelo.
Mas ¡ay! que en mil pedazos

dejé yo un dia,
los voladores brazos
que hoy te pedia.
¡Triste es mi suerte!
la herida de tus alas
me dá la muerte.

ESCENA XIII.

Juan y Marcelo.

MARC. (¡Calle, que sigue el amigo
besando que se las pela,
despues de colarse en casa
como si la suya fuera!)

JUAN. (Pero estoy perdiendo el tiempo
que ganar hoy me interesa.)
(Llamando.) ¡Há de casa, labradores!

MARC. No hay que gritar con tal fuerza.
¿Qué se ofrece?

JUAN. Díme, amigo;
¿dónde está tu amo?

MARC. Pasea
con su hija.

JUAN. ¿Con Aurora?

MARC. Con ella, señor, con ella.
Salieron en la tartana
hace un rato, y por mi cuenta
ahora estarán de visita...

JUAN. ¿Adónde, dime?

MARC. Muy cerca:
en la quinta de don Pedro,
que es la más próxima hacienda
que á la del Juncal hallamos,
que la del Juncal es esta.

JUAN. Comprendido.

MARC. Conque vamos,
puesto que sabeis su ausencia
podeis volver otro dia,
que á mí me aguarda Teresa.

JUAN. Sí, me retiro al instante;
y por noticia tan buena,
para que á tu dama féries

te regalo estas monedas.

(Don Juan le dá un bolsillo á Marcelo, y mientras éste saca de él las monedas que contiene, abre la jáula de la tórtola sin ser visto de Marcelo.)

MARC. ¡Pero, señor!
JUAN. ¡Adios! (Váse.)
MARC. ¡Mire!...
¡Y se marcha y me las deja!
En algo ocuparme quiere,
cuando bien paga la lengua.
¡Calla, calla! ¡y cómo corre!...
digo mal, no corre, vuela.
¡Pardiez! ¡qué de suerte estoy!
¡Y son de plata! ¡Teresa! (Llamándola.)
¡Qué bien que el refran lo dice!
«no hay mal que por bien no venga.»
¡Teresilla! (Vuelve á llamar.)

ESCENA XIV.

Marcelo y Teresa.

TERESA. ¿Qué te ocurre?
MARC. Alégrate, hermosa prenda,
que tendrás saya de paño
y refajo de franela.
TERESA. ¿Pues qué pasa?
MARC. Que el mancebo
de quien tuviste verguenza,
por aquello del abrazo
que me diste á buena cuenta,
más pródigo que un demente
me ha dejado estas monedas.
TERESA. ¡De plata! pues algo quiere
de tí, Marcelo.
MARC. ¡Candela!
¿pero yo qué puedo darle
si sólo tengo á Teresa?
TERESA. Quién sabe, puede que...
MARC. Calla,
que va á encelarme tu lengua;
mas como venga por lana
le trasquilo la pelleja,
porque ni yo soy carnero

ni mi costilla es oveja.

TERESA: Y dime, Marcelo, ¿en dónde
está la tórtola?

MARC. Espera.
Sí, cabal. ¡Ay Teresilla!
ese galan se la lleva.

TERESA. Habla, Marcelo ¿no mientes,
no te equivocas?

MARC. Por fuerza;
no estando aquí donde estaba,
¿quién llevársela pudiera?
En mis barbas hizo el hurto
cuando me dió estas monedas.

TERESA. Con ellas te pagó el robo.
¡Ay, cuando el ama lo sepa!
Corramos, Marcelo; corre,
por Dios, detrás de su huella.

MARC. «Sardina que lleva el gato
nunca vuelve á la cazuela»;
más no te aflijas, bien mio,
que vá á la vecina hacienda
y en ella lo encontraremos
cuando nó por la vereda.

TERESA. Mejor por aquí salimos, (Señala á la derecha.)
y nos ahorramos la vuelta
de los jardines, salvando
el portillo de la cerca.

MARC. Si tú lo saltas primero
me muero al verte, Teresa;
que es el portillo tan alto
como mi vista certera. (Vánse derecha.)

ESCENA XV.

Don Diego, don Pedro y Aurora, por el fondo.

DIEGO. ¡Marcelo! ¡Teresa! han dado
en no responder.

AURORA. ¡Por Dios!
no os enfadeis, padre amado,
que yo buscaré á los dos. (Váse izquierda.)

ESCENA XVI.

Don Diego y don Pedro.

D. PEDRO. Cuéntame, Diego querido;
¡sinó me canso de verte!
¿cómo por aquí te ha ido
desde que sentí perderte?
Por qué la ciudad dejando
donde la infancia corriste,
aquí vives vejetando,
en soledad, siempre triste?

DIEGO. No es triste, mi buen amigo,
este valle para mí,
y á todas horas bendigo
á Dios, que me trajo aquí.
Sin temer el golpe aleve
de la cortesana envidia,
que en un plazo largo ó breve
hiere el alma del que lidia
por políticas deidades,
que es siempre funesta lucha,
vivo en estas soledades
sin ambiciones. Escucha: (Se sientan.)
ocultando mi nobleza,
con Blanca vine aquí un dia;
traje su amor por riqueza,
su virtud por gerarquía.
Con afanes y rigores
mi hacienda en frutos creció,
y Blanca, de mis amores,
tambien á Aurora me dió.
Viéndome feliz la muerte,
que no pude combatir,
tuvo envidia de mi suerte
y á mi Blanca quiso herir.
Mi pena fué bien prolija,
¡que era mi esposa tan pura!...
desde entonces en mi hija
cifro toda mi ventura.
Yo dirijo mis labores
y aun trabajo, sin afrentas,
y Aurora á mis labradores

ajusta y paga las cuentas.
A nadie aquí conocemos,
solos vivimos los dos,
así tanto nos queremos,
que nuestro rival es Dios.

PEDRO. Envidia me causa, amigo,
tu felicidad, y mucha.

DIEGO. ¡Pero Pedro!

PEDRO. La bendigo,
aunque te la envidio. Escucha.
De la virtud de su madre
tengo en mi hijo un tesoro,
que es mi delicia de padre
y en quien, la verdad, adoro.
Hace dias que un negocio
de mi lado lo ausentó;
mancha la honradez el ócio
y honrado lo quiero yo.
Al valle lo llamaremos,
dando término á su ausencia;
verás, Diego, cómo hacemos
una union de conveniencia.

DIEGO. ¿Qué dices, Pedro? (Se levantan.)

PEDRO. ¡Por Dios!
Tu madre tambien fué esposa.

DIEGO. Es verdad.

PEDRO. Pues...

DIEGO. Si los dos
se gustaran...

PEDRO. Fuera honrosa
esta boda para mí.

DIEGO. Más honra ganaba yo.

PEDRO. ¡Diego amigo! (Dándole la mano.)

DIEGO. Pedro, aquí. (Abriéndole los brazos.)

PEDRO. ¿No me has olvidado?

DIEGO. No; (Se abrazan.)
Y hoy nos recuerde este abrazo
de otros tiempos y otra edad,
el íntimo estrecho lazo
que formó nuestra amistad.

PEDRO. Lazo anudado en un dia
sobre el campo del honor,

y que hoy estrechar podria
el vínculo del amor.

DIEGO. ¿Qué edad tiene tu hijo?

PEDRO. Diego,
cinco lustros ha cumplido.

DIEGO. ¿Y libre de amante fuego
no estará su pecho herido?

PEDRO. Escúchame ahora. Un dia,
antes de hacer su viaje,
me dijo con razon fria,
hablando de su linage.
«Ni blasones ni riqueza
lograr con mi esposa quiero;
de la virtud la belleza
y el fuego de amor prefiero»

DIEGO. Bien, Pedro; quien atesora
tal juïcio y de ese modo
se espresa, digno es de Aurora.
Ya lo arreglaremos todo.

PEDRO. Ella viene.

DIEGO. ¡Dios la envia!

ESCENA XVII.

Los mismos y Aurora.

DIEGO. Ven, hija. Este noble anciano
que hoy honra nuestra morada,
fué de tu padre un hermano
en la niñez no olvidada.
Como amigo verdadero
de tu padre, hija querida,
que le consideres quiero,
pues le debo hasta la vida.

AURORA. Y yo la ocasion bendigo
de ofrecerme amiga fiel;
si sois de mi padre amigo
sereis tan bueno como él.

DIEGO. Sí, mi Aurora; y pues que atento
vivo yo á la hacienda mia,
voy á dejarte un momento
con tan buena compañia. (Vase don Diego.)

ESCENA XVIII.

Don Pedro y Aurora.

PEDRO. ¿A nadie tratais aquí?
AURORA. Si trato; á los labradores
que, contratados por mí,
aumentan nuestras labores.
PEDRO. ¿Y no os entristece, Aurora,
vivir en tal soledad?
AURORA. Si es esto triste, lo ignora
quién nunca fué á la ciudad.
PEDRO. En la ciudad, hija mia,
aunque un poco se derroche,
es breve al placer el dia
y siempre corta la noche.
Los mercados y paseos
que embellecen la ciudad,
los bailes y otros recreos
de la buena sociedad,
en donde todo parece
que á la existencia convida,
grande distancia establece
entre aquella y esta vida.
AURORA. ¿Qué decis, señor? más quiero
levantarme á la mañana,
cuando entre cintas de grana
la débil luz del lucero
se pierde, y atravesando
nuestro valle por las lomas,
ver cruzar á las palomas
que ván sus nidos dejando,
en busca del alimento
que esperan con blando pío
sus polluelos. Hasta el rio
bajar, y el dulce lamento,
descansando en verde alfombra,
de la tórtola escuchar,
que amante suele arrullar
á veces, hasta á su sombra.
Cojer en el prado ameno
alguna flor, cuyo broche
en aquella misma noche,

se abriera de aromas lleno;
y en el perfume estasiada,
de su cáliz ir gozando,
mientras que, la vuelta dando,
voy alegre á mi morada,
donde mi padre al llegar
me espera, y hasta la mesa,
que ha cubierto ya Teresa,
me lleva para almorzar.
Y la vianda sabrosa
por mis manos preparada,
de pan blanco acompañada
comer, quedando orgullosa
de mi gusto al sazonar,
aunque Teresa se ofende,
si mi padre, que lo entiende,
repite de algun manjar.
Más tarde, si se presenta
la ocasion, ó más temprano,
con las tarjas en la mano,
que es nuestro libro de cuenta,
pagar á los labradores
su trabajo, con largueza,
pues duplan nuestra riqueza
con diluvio de sudores.
Mientras la hora de comer
no llega, fácil destino;
hilar la lana ó el lino
de que telas he de hacer.
Y por la noche sentada
al hogar, junto á mi padre,
de la virtud de mi madre
oir la historia estremada,
que me refiere su amor,
despertando en mí el anhelo
de tomarla por modelo.
Tal es la vida, señor,
que hago en esta soledad,
que no la cambio, de fijo,
por ese placer prolijo
con que brinda la ciudad.

PEDRO. ¿De modo que en vuestra alma

no habreis sentido, hija mia,
amor que turbe la calma
y que dé á un tiempo alegria?

AURORA. ¡Señor...!

PEDRO. Perdonadme, Aurora.
Tengo un hijo, que es honrado;
vuestro padre salió ahora
y una boda hemos tratado.

AURORA. ¡Ah! ¡Cielos! ¿qué dicho habeis?
(yo no puedo)... ¡suerte ingrata!
¡Ah, señor! vos no sabeis
lo que esa nueva me mata.

PEDRO. Hablad, Aurora.

AURORA. No puedo. (Muy conmovida.)

PEDRO. ¿Qué teneis? hablad, lo exijo.

AURORA. Pues bien; á mi padre miedo.
me aborrecerá, de fijo.

PEDRO. ¿Qué le habeis hecho?

AURORA. Señor...

PEDRO. Sed franca.

AURORA. Sí, lo he engañado;
hirióme en el pecho amor
y yo ese amor le he ocultado.

PEDRO. Pero ese amor...

AURORA. Tal vez sea
ilusion, sueño mentido,
que la mente finje y crea.

PEDRO. Entonces nada hay perdido.

AURORA. La doncella bien nacida,
la que en la virtud se enseña,
solo una vez en la vida,
señor, su palabra empeña.

PEDRO. ¿Y ofreciste...?

AURORA. Más; juré.

PEDRO. ¡Aurora!

AURORA. No juzgo digno
callar más tiempo.

PEDRO. No, á fé,
si vuestro amor no es indigno.

AURORA. De mis amores la historia
voy á contaros, señor;
y fiel será la memoria

para el lábio narrador.
Sin penas el pecho mio,
sin amor el alma ufana,
por la orillita del rio
vagaba yo una mañana,
contemplando las palomas
que de dos en dos cruzaban,
y en nuestras feraces lomas
el alimento buscaban.
De pronto una tortolilla
que volaba vacilante,
paró su vuelo en la orilla
del agua; y con voz amante,
despues que en ella calmó
la sed de amor que sentia,
en blando arrullo espresó
todo el amor en que ardia.
Yo, persiguiendo su huella,
su triste voz escuchaba,
y más os diré, que en ella
mi retrato contemplaba.
Que yo tambien me sentia
triste como ella, señor,
y quizás mi pecho ardia
en la misma sed de amor.
Un cazador entre tanto
acude á su voz ligero,
y ahoga su dulce canto
con golpe aleve y certero.
Mas ¡ay! que solo despojos
las plumas del ave fueron,
y del cazador los ojos
á mí en el pecho me hirieron.
Que fuego en el pecho mio
desde aquel dia sentí,
y á la orillita del rio
todas las mañanas fuí.

PEDRO. ¿Y ese cazador, Aurora,
causa de vuestros dolores,
fiel y constante os adora
premiando vuestros amores?

AURORA. El cazador fué inconstante,

despues de ser tan querido
como se mostraba amante.

PEDRO. ¿Pero os ha dado al olvido?

AURORA. Tres meses cuenta mi anhelo
desde que èl huyó de mí,
dejándome sin consuelo
herida tórtola aquì.
Mas escuchad: si mi llanto
no calma pronto, y me olvida,
y no vuelve, lo amo tanto,
que va á costarme la vida.

PEDRO. Vuestro padre viene, Aurora;
que no advierta ese dolor.

AURORA. ¡Por el hijo que os adora!
¡no me abandoneis, señor!

PEDRO. Nada temais, hija mia;
en mi afecto confiad:
volved á vuestra alegria,
Aurora.

AURORA. ¡Gracias!

PEDRO. ¡Callad!

ESCENA XIX.

Los mismos y don Diego con una hachuela sobre el hombro que coloca sobre la mesa.

DIEGO. Ya estoy de vuelta. ¡Ola, ola!
¿juntos aun? ¡qué me place!
Cuidado, cuidado, Pedro,
que tendré celos de padre.
En la huerta un rato estuve
entre los verdes frutales,
y he podado cuatro ó cinco,
solo para ejercitarme.
¿Pero qué tienes Aurora?
¿Qué pasa Pedro? esplicadme,
que me está causando enojos
ver tristes vuestros semblantes
¡Aurora! ¡Pedro! ¡por Cristo!...

mas ya caigo, y ya era tarde
que ya la duda me daba
cuidados inaguantables.
Le has confiado á mi Aurora,
en mi ausencia, nuestros planes,
y en su candoroso pecho
hirió la nueva. Tu madre
tambien derramó, hija mia
púdico llanto en su enlace;
pero despues fué la esposa
más feliz y más amante.
El esposo que la suerte
quiere, Aurora, depararte,
es un honrado mancebo
de mil prendas estimables.
Hijo noble es de mi amigo,
que fia sus cualidades.
Vamos, Aurora, hija mia,
no te entristezcas ni enfades;
tu pecho al amor anima
y para el amor prepárate.

AURORA. ¡Señor, piedad!

DIEGO. Pero...

PEDRO. Diego,
no hablemos hoy de ese enlace;
fuera prematuro: al cabo
no se conocen... quién sabe...
quizás, ausente mi hijo,
tras de otro amor corre amante;
y aun ella misma... ¡qué diablo!
no está tan solo este valle.

DIEGO. ¡Pedro, Pedro!...

PEDRO. Pero...

DIEGO. Calla.
A ella heriste: ella que hable.

AURORA. ¡Padre mio!

PEDRO. Yo...

DIEGO. ¡Silencio!
déjanos sólo un instante. (A Pedro.)

PEDRO. (Ver quiero oculto á sus ojos
de esta escena el desenlace.) (Se oculta.)

DIEGO. ¿Por qué humillas, desdichada,

la frente, que alzabas antes
cuando te hallabas tranquila
en presencia de tu padre?
¿Responde, dí?

AURORA. Porque entonces
no era, como soy, culpable.
Porque entonces no temia
el enojo de ese padre.

DIEGO. ¿Y la culpa de tu pecho,
desventurada, es muy grande?

AURORA. Señor, no es culpa que pueda
manchar vuestra pura sangre;
mas por mi lábio responda
el rubor de mi semblante.

DIEGO. ¿Pero amas?

AURORA. No, que adoro,
y más, señor, si más cabe.

DIEGO. ¿Y has tenido suficiente
malicia para engañarme?

AURORA. Tuve, señor, la ignorancia,
ó la sencillez bastante,
para no poder yo misma
en un principio esplicarme
la causa de aquel afecto
que un estraño me inspirase;
y cuando llegué á entenderla,
padre mio, era ya tarde;
que era amor lo que sentia,
aquel afecto tan grande.

DIEGO. ¿Y quién fué el audaz villano
que tal amor inspirarte
supo, y de indigno peca
burlando la fé de un padre?

AURORA. Su nombre, señor, lo ignoro;
estranjero en nuestro valle,
os diré solo que ha sido
cazador de nuestras aves.
En otro tiempo venia
por las mañanas constante
á cazar cerca del rio;
pero ya tres meses hace
que no lo encuentran mis ojos

con vista, señor, de amante.

DIEGO. (¡Respiro al fin!) Vaya Aurora
vuelve á mi amor como antes.
Yo pensaba... vamos, hija,
no hay por qué desconsolarte,
que aunque en callar mal hiciste
no es el asunto tan grave,
y con pagarle su olvido
queda olvidado ese lance.

AURORA. Olvidarle ¡nunca!

DIEGO. ¡Aurora!

AURORA. Podreis mi padre matarme,
pero el amor de mi pecho,
aunque no vuelva mi amante,
no podrá borrarse nunca
ni por nada, ni por nadie.

DIEGO. ¡Infeliz! Amenazándola.)

PEDRO. ¡Diego! ¿Qué intentas? (Presentándose.)

DIEGO. ¡Aparta! (Con furor.)

PEDRO. ¡No! (Deteniéndole.)

AURORA. ¡Perdonadme! (Inclinándose,)

DIEGO. Dime, Aurora, que has mentido;
que te equivocas, no calles.
¡Ingratos hijos!... ¡ingratos!
¡Pobres padres!... ¡pobres padres; (Pausa)

PEDRO. Vamos, Diego, la templanza
vuelva á tu amoroso anhelo.

DIEGO. Era su amor mi esperanza,
y ya mi pecho no alcanza
sin ese amor su consuelo.
Huye, y teme mis enojos.

PEDRO. ¡Pero Diego!...

AURORA. ¡Padre!...

DIEGO. ¡Ingrata!
No escites más mis antojos.
(La pena que hay en sus ojos
me mata, Pedro, me mata.) (Váse.)

PEDRO. Corro tras él; su quebranto
mi consejo templará.
Calma, hija mia, tu llanto,
que pues que te adora tanto,
al fin te perdonará. (Váse.)

ESCENA XX.

Aurora sola.

Pero ¿qué hice yo, Dios mio,
para tanto sufrimiento?
¡Amar! en mi amor confio;
que no me olvide el impío
orígen de mi tormento.
Tú, buen Dios, que has alentado
siempre en mi pecho la fé,
devuélveme á mi adorado
como siempre enamorado,
y yo te bendeciré.
Que en vano será pedir,
cuando tanto supe amar
cuanto me cuesta sufrir,
á la memoria olvidar,
al corazon no latir.

ESCENA XXI.

Aurora y Teresa.

TERESA. ¿Gracias á Dios que he llegado,
¡Señorita!...
AURORA. ¿Qué hay, Teresa?...
¿qué ha ocurrido? ¿qué te pasa?
TERESA. ¡Dejadme que tome fuerzas!
AURORA. ¡Pero acaba!
TERESA. Si he corrido
con Marcelo media legua,
detrás de la tortolilla
que libre á estas horas vuela.
AURORA. Esplícate.
TERESA. Un caballero,
que en su porte bien lo prueba,
por don Diego preguntando
entró há un instante en la hacienda
y despues que se le dijo
de vuestro padre la ausencia,
á un descuido de Marcelo
libertó á la prisionera.
Venid, venid, señorita;

mirad la jáula sin ella.

AURORA. ¡Dios mio! ¿será el ingrato?
Escucha, dime Teresa,
¿tú lo has visto?

TERESA. Por supuesto.
Bien corrí tras de su huella,
de Marcelo acompañada.

AURORA. ¿Y dónde está?

TERESA. Aquí en la hacienda
departiendo con Marcelo
y otros mozos en la puerta,
disculpándose con maña
de su accion, que no fué buena.
Dijo que entraba enseguida.
Ved, señorita, ya llega.

AURORA. ¡Es él! (Por don Juan que se presenta.)

TERESA. (¡Vá, pues se conocen;
vaya, aquì sobras, Teresa.) (Váse.)

AURORA. ¡Oh! ¡gracias, Dios mio, gracias!

JUAN. ¡Què miro, gran Dios, es ella!

ESCENA XXII.

Aurora y don Juan.

AURORA. ¡Don Juan!

JUAN. ¡Aurora!

AURORA. ¡Mi amor!

JUAN. ¡Mi esperanza, mi existencia!

AURORA. Al fin vuelve á mi presencia
mi adorado cazador.

JUAN. ¿Mucho mi ausencia lloraste?

AURORA. Desde que faltas del rio,
¿qué otro consuelo, bien mio,
que lágrimas me dejaste?
Cuando á su orilla bajaba
y el sol del cielo salia,
como á mi sol no veia
todo era noche, y lloraba.

JUAN. ¿Dudabas de mí?

AURORA. ¡Jamás!

JUAN. ¿Pues qué causa tu temor?

AURORA. Sabe mi padre tu amor.

JUAN. ¿Y lo rechaza?
AURORA. Quizás.
JUAN. Pues bien; con su desagrado,
Aurora, nos amaremos,
y acogida encontraremos
en otro pecho sagrado.
AURORA. ¡Calla, don Juan!
JUAN. Pero...
AURORA. Calla,
que vas á hacerme dudar
de tu amor, y á levantar
insuperable muralla
entre la fé de los dos.

ESCENA XXIII.

Los mismos y don Diego al paño.

DIEGO. (¿A dónde voy? ¡Mas qué veo!)
JUAN. No te comprendo, y deseo
comprenderte bien.
DIEGO. (¡Por Dios!) (Al paño.)
AURORA. De la virtud de mi madre
espejo seré y estrella;
no se casa una doncella
que tiene, como yo, padre,
sin su bendicion.
JUAN. ¡Aurora!
AURORA. El cielo maldeciria
nuestro enlace, y algun dia
quien lleno de fé me adora,
quizás de mi fé dudara
para mi eterna desdicha.
JUAN. Te juro...
AURORA. No quiero dicha
que pueda costar tan cara.
JUAN. Mas si persiste en su afan
tu padre...
AURORA. Le rogaré.
JUAN. Si no cede...
AURORA. Moriré,
pero amándote, don Juan.

ESCENA XXIV.

Los mismos y don Pedro.

PEDRO. Oye, Aurora. ¡Mi hijo aquí!
DIEGO. (¡Su hijo!)
AURORA. (¡Qué escucho!)
JUAN. Señor... (Corriendo á su padre.)
PEDRO. (No hay duda; es el cazador.)
AURORA. ¿Es ese tu padre?
JUAN. Sí.
AURORA. ¡Gracias, Dios mio!
PEDRO. (Si fuera
mi hijo su idolatrado.)
JUAN. Ved que estoy á vuestro lado;
abrazadme.
PEDRO. Espera, espera.
¿Es él quien tu pecho hirió?
(A Aurora que con un signo contesta afirmativamente.)
Pues amáos eternamente.

ESCENA ÚLTIMA.

Los mismos y don Diego.

DIEGO. Detente, Pedro, detente,
que falto en el cuadro yo.
PEDRO. ¡Diego!
AURORA. ¡Padre!
PEDRO. Es quien la adora
mi hijo.
DIEGO. Pedro, lo sé;
todo, todo lo escuché.
Ven y abrázame, mi Aurora.
Dichoso será en el suelo
el hijo cual tú obediente:
él recibirá en su frente
las bendiciones del cielo.
AURORA. Señor...
DIEGO. De la mente arranca
dudas conque te ofendia,
Tan buena cual tú, hija mia,
solo conocí á mi Blanca.
JUAN. En tan dichoso momento

yo por esposa os la pido.

DIEGO. Yo os la doy, aunque afligido
de perder su amor me siento.
Mas considero en mi afan
que al abandonar mis brazos,
se entregue á más santos lazos:
amadla mucho, don Juan.

JUAN. Mi vida entera, señor,
será suya.

DIEGO. De esa suerte,
solo romperá la muerte
lazos de amistad y amor.

(Forman cuadro estrechándose en un abrazo Aurora y don Juan, don Diego y don Pedro

FIN.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *La Viuda é hijos* de *Cuesta*, calle de Carretas; de D. *Alfonso Durán*, y *Fernando A. Fé*, Carrera de San Gerónimo; de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen, y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta Galería, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.